

# LA CASA DE EL TOLEDANO

*La revista de Avila «El Cobaya», en su número correspondiente al mes de Septiembre, publica este documentado artículo del cronista de aquella ciudad, que como reconocimiento al autor y al entusiasta grupo de escritores abulenses, nos honramos en reproducir.*

«Demasiado sucintamente, y sólo referido a los recuerdos teresianos, expuso en *El Cobaya* mi ilustre compañero el Cronista Oficial de Toledo don Clemente Palencia, las relaciones de la imperial ciudad con Avila. A Toledo debe Avila, con Alfonso VI, su repoblación y su título de ciudad eminentemente alfonsina con los reyes sucesores, incluso el Alfonso erigido subversivamente en contra de la impotencia y la inmoralidad, por un Alfonso arzobispo de Toledo.

De este último rey de la insurgencia que sólo lo fue de Avila, se acuñaron monedas en una casa que había de ser, por último, de don Alfonso de Cepeda, aludido por mi ilustre compañero y que Avila conoció por El Toledano. La casa de El Toledano estaba humildemente recogida en una calle estrecha que limitaba el arco de la muralla de Montenegro y las iglesias de Santo Domingo, teniendo acceso a las repugnantes calles de la Judería y la Mancebia.

Pero mirando a ellas, la casa de El Toledano era un hogar cristiano modelo. Entre sus numerosos hijos se significaba una niña Teresa con inclinaciones de consagrarse por entero a Dios en su afán de construir «ermitillas» en sus juegos en el huerto y de querer escapar a tierra de moros para padecer martirio. Con ese afán tuvo relaciones celestiales porque un atardecer que en la casa de El Toledano se rezaba el Rosario en familia ante la imagen de una Virgen, sorprendió la niña a todos diciendo que la imagen la sonreía.

Mas en la casa de El Toledano la niña se torció. En fuerza de leer en esta casa libros de caballerías —novelas que diríamos ahora— su imaginación mozuela se despertó hacia un noviazgo del que su padre, El Toledano, la desviaba. Y la llevó al convento de agustinas de Gracia, donde entró «enemiguísima» de ser monja. Pero lo fué. Desde la casa de El Toledano fué otro día con su hermano Antonio a trocar una falda naranjada y un vestido mundano por los toscos hábitos de la Orden del Carmen en el monasterio de la Encarnación, donde pasó su juventud desconocida de Avila. Hasta que se dió a conocer, más de los cuarenta años de edad, en el deseo de atajar la herejía luterana que causaba estragos en Europa fundando el convento de su Orden por ella reformada con el título de San José.

En el anónimo de «Las monjas de San José» aparece a través de actas municipales y documentos del Archivo del Ayuntamiento en pleito por haber ocupado con el monasterio el «edificio de las fuentes» abastecimiento de aguas de la ciudad procedente de la dehesa de las Hervencias. No se habla de Teresa de Cepeda ni de la Madre Teresa para nada, pero está comprendida ella, la hija de El Toledano, cuyo señor había muerto y su cadáver fué sacado por la puerta de la casa abierta a la calle tortuosa entre el arco de Montenegro y la iglesia de Santo Domingo, y ahora, frente a esta iglesia el Hospital de Santa Escolástica.

Por esa puerta habían salidos los

hermanos de Teresa para América, siguiendo al virrey del Perú don Blasco Núñez Vela, regidor del municipio de Avila, que le alude en actas y documentos, por construir un palacio junto al arco de Montenegro, hoy el de Justicia. Los hermanos de la Santa habían salido de la casa de El Toledano primero Hernando cuando Teresa estaba en el monasterio de Gracia «enemiguísima» de ser monja; luego Rodrigo, momentos de ser ya monja en el convento de la Encarnación; más tarde, juntos Lorenzo, Pedro y Jerónimo y, por último, Antonio y Agustín.

La casa del El Toledano estaba vacía sin darsela importancia. Sólo se le concede el municipio cuando, muerta la Santa, los frailes de la Orden que en Duruelo y Mancera se formaron con la influencia espiritual de San Juan de la Cruz, piden se le autorice para avecindarse en Avila. Y el municipio les autoriza porque quieren acercarse a Santa Teresa «que hera natural desta ciudad» como las palabras textuales de las actas expresan.

Los frailes se van acercando a la casa de El Toledano. Desde la ermita de San Segundo y luego el barrio de las Vacas, vienen a lo que es hoy Hospital Provincial. Hasta ocupar, por fin, la casa de El Toledano en un convento construido con limosnas y la protección del Conde Duque de Olivares. Su límite se marcó con una piedra grabada con el mazo y la escuadra de Bracamonte que la casa compró para incorporarla a su mayorazgo. Por la vuelta de la fachada pleiteó el municipio por ocupar la calle de la Dama y, para conservar su dominio, por fin se accedió a que se colocara una «dama de bulto» en la hornacina que aún subsiste sin ella.

En el convento se reunieron en la capilla que ocupó el despacho de El Toledano algunas reliquias de la Santa Madre: el dedo índice que señaló el camino de la andariega, el báculo que empuñó para seguirle y una suela de la sandalia que le pisó. Rematando un Rosario se puso una cruz hecha de la madera del cuarto más histórico, estancia que debió haberse conservado intacta. Pero se convirtió en capilla con el rótulo: «Aquí nació Santa Teresa de Jesús», y, bajo este título, en un altar barroco, la imagen del yerno de Juan de Juni, el insigne imaginero Gregorio Hernández.

Tiene esta talla el complemento de un Santo Cristo fragelado y amarrado a la columna que pasó a ocupar la primera capilla, centro de fundaciones pías de Avila que cantaba Miseres por la catedral el día de Jueves Santo en el que la imagen sale procesionalmente desde hace pocos años. La de la Santa de rodillas tiene en el Altar Mayor otra de rodillas también con la aparición de San José y la Virgen en una capilla del Monasterio de Santo Tomás, imponiéndola un collar. Así está presidiendo el templo de más veneración de Avila, de España y del mundo, construido en la que fué casa de El Toledano.»

J. MAYORAL FERNÁNDEZ  
Cronista Oficial de Avila



Monedas que se acuñaron en la casa anterior a la de El Toledano